

La calle            para el miércoles 24 de noviembre de 2010  
Diario de un espectador  
Madero y Krauze  
Miguel ángel granados chapa

El 20 de noviembre fue inaugurada en la Alameda central una estatua de Francisco I. Madero. El monumento más importante a su memoria, quizá el único en la ciudad de México, se levanta en un espacio de acceso reducido, una explanada frente a Los Pinos. Tantos elogios retóricos se dirigen a don Pancho cada veinte de noviembre que resultaba incongruente el que no se le hubiera dedicado un espacio rigurosamente público como el que ahora tiene en el centro mismo de la ciudad.

En 1993, ochenta años después del brutal asesinato que arrancó la vida al Presidente constitucional (y a su vicepresidente, José María Pino Suárez), el historiador Enrique Krauze remedió en alguna medida la ignorancia demagógica en torno al héroe que inició la Revolución mediante la publicación de un cuaderno titulado *Madero vivo*, con un prólogo suyo y abundantes fotografías y citas sobre las estrujantes jornadas en que el traidor Victoriano Huerta derribó el orden constitucional para usurpar la Presidencia. Nos viene bien, especialmente en esta fecha, recordar algunas de las líneas escritas por Krauze, que este mediodía recibe el Premio nacional de ciencias y artes en el campo de la historia, máxima distinción que fue entregada también a sus dos maestros dilectos en ese terreno específico, don Daniel Cosío Villegas y don Luis González y González:

“Aunque los gobiernos de la Revolución han recordado siempre aquellos aciagos días que dieron fin a la Decena trágica y comienzo a la revolución constitucionalista encabezada por Venustiano Carranza , lo cierto es que el sentido histórico de aquellas muertes permanece oculto. La crueldad del episodio, la premeditación con que fue fraguado, el hecho de que la víctima principal haya sido un hombre cuya bondad lindara con la santidad han dejado, es verdad, un sentimiento inalterable de indignación. Esta condena perpetua a los hombres que asesinaron a Madero es prueba de la nobleza de los instintos morales del pueblo mexicano. Si Victoriano Huerta y su red de secuaces pensaron que la historia los absolvería se equivocaron. Sus nombres han estado y seguirán ligados a la más baja actitud en el espectro cristiano de la existencia: la traición.

“Pero aquella traición a un hombre absolutamente incapaz de traicionar, como era Madero, ha opacada otra traición no menos dramática que culminó aquella noche: la que se ejerció contra los valores de legalidad y libertad que habían sido banderas de la Revolución, los mismos por los que un vasto sector de la nación había votado en septiembre de 1911, aquellos que representaba el hombre a quien en vida fue conocido como el Apóstol de la democracia.

“En la frágil memoria colectiva, Madero es una figura tan simpática como simple; por un lado, es una especie de David mexicano que a pesar de su corta estatura (física, política, histórica) derrotó al viejo y legendario Goliath Díaz; por el otro, es el apóstol sacrificado en la Decena trágica. Aunque justa en lo que atañe al martirio, esta imagen es cuando menos inexacta con respecto al inteligente líder de la lucha democrática que fue Madero entre 1903 y 1910. La mayor paradoja es que enalteciendo a Madero como libertador y como mártir, la versión generalizada de los hechos ha condenado el periodo menos valorado, menos comprendido de Madero: los quince meses de su presidencia, del 6 de noviembre de 1911 al 19 de febrero de 1913.”